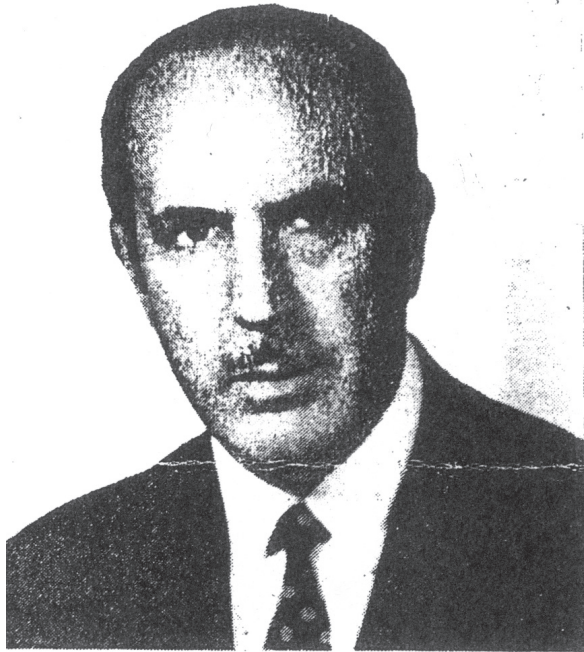


IX

LA PESTE EQUINA EN ESPAÑA:
CRÓNICA DE SU EVOLUCIÓN

DR. D. JOSÉ RIVAS ROS
Académico Numerario



Dr. D. José Rivas Ros.

Agradezco la invitación del Excmo. Sr. Presidente de la Academia Sevillana de Ciencias Veterinarias, mi gran amigo Benito Mateos Nevado, para examinar el proceso seguido en España por la P.E.A.. Me interesó desde el primer momento porque hoy es el tema profesional que más me preocupa. Intentaré, con mi modesta aportación, contribuir a esclarecerlo.

Espero que, lo que voy a decir, se interprete positivamente. Desde mi independencia, como norma de vida, durante 54 años de profesión, busqué siempre la verdad y el rigor. En cuatro fechas a lo largo de tres años (11-88, 8-89, 11-89 y 5-90), las páginas del *ABC* de Sevilla, Radio Nacional de España y Antena-3 han ido reflejando mi visión crítica pero llena de orientaciones positivas, producto de mi experiencia, siempre desoídas por quienes podían tomar las decisiones. Ha llegado el momento en que nuestras autoridades ganaderas olviden sus vacilaciones y actúen con eficacia y energía. Nos ha costado muy caro, en recurso y prestigio, la política titubeante aplicada en Andalucía durante los tres últimos años. Pudo solucionarse en dos meses y ha tenido que prolongarse tres largos años hasta llegar a Bruselas y Estrasburgo para escuchar unos consejos consabidos y aplicados, en dos ocasiones anteriores, por nosotros en Cádiz y Madrid.

Haré la crónica de la epizootia desde mis vivencias de actor-espectador: actor en 1966, y espectador durante los cuatro últimos años. Cambiaríamos ideas sobre puntos concretos, contestaría hasta donde pudiera y aprenderíamos algo todos. De joven tenía la esperanza de seguir adquiriendo conocimiento tras los 80. Ahora, que sólo me faltan meses para alcanzarlos, sigo con la misma esperanza.

Por tanto, no esperen una lección magistral, producto de consultas bibliográficas concienzudas. Mi libro más consultado sobre la P.E.A. no

tiene hojas, lomo, ni cantos: ha sido el de la práctica diaria en el campo y el laboratorio. Fue así, porque, sobre la enfermedad que nos ocupa, por suerte, está casi todo investigado.

Esta existe desde hace siglos en Africa del Sur. Empezó a estudiarse científicamente a principios del actual hasta que, en los años 40, llegó a Egipto. Durante los dos decenios siguientes, se extendió por Oriente Medio, Asia y Norte de Africa. En 1966 llegó a Marruecos y España.

El entonces jefe de ganadería de Ceuta, D. Anacleto Montero, comprobó su existencia en Melilla y los jefes provinciales de Cádiz y Málaga, Aljama y Garrido, reforzaron las medidas de vigilancia que, aunque estrictas, fueron inútiles.

La Dirección General de Ganadería preparó las dosis de vacuna suficientes para empezar la lucha activa, en caso de ser necesario; y lo fue.

Tengo la íntima certeza que en el año 66 los mosquitos saltaron todas las barreras atravesando el Mar Mediterráneo, junto al estrecho, suspendidos e impulsados por el fuerte viento de Levante: el mismo que, a veces, nos trae las plagas de langostas o nubes de arena. De este modo, por vía aérea, entró el virus en la península por vez primera.

Simultáneamente, aparecieron tres focos distintos en La Línea, Los Barrios y Vejer de la Frontera. Les sugiero que, en un mapa de Cádiz, tracen una línea que pase sobre esos tres puntos y los verán situados en una recta que sigue exactamente la dirección del viento dominante. Es casi imposible que los tres focos aparecieran, prácticamente, el mismo día por cualquier otro conducto. La vigilancia por mar y tierra era extraordinaria. La Guardia Civil patrullaba constantemente y los servicios de sanidad pecuaria desinfectaban y desinsectaban hasta los neumáticos de todos los vehículos.

En pro de mi teoría, relataré brevemente una experiencia vivida por mí años antes. En Jerez, sentado en una terraza, al anochecer, nos sorprendió súbitamente una verdadera nube de mosquitos que se ensañaron con nosotros. Picaban con tal voracidad que nos hicieron huir de inmediato.

Varios días después, hizo su aparición en el campo de Jerez la temida lengua azul ovina. Se extendió por la campiña jerezana atacando a casi todos los rebaños a la vez.

Los portugueses, aún dueños de sus colonias africanas, habían importado la epizootia. De sur de Portugal pasó a Huelva, se propagó por los rebaños de las marismas y el virus llegó a la zona de Jerez –transportado

tado seguramente por aquellos mosquitos hambrientos que, impulsados por el viento de poniente, nos habían hecho huir atropelladamente unos días antes. Período que correspondió al tiempo de incubación de la enfermedad.

Afortunadamente, disponíamos de vacuna y erradicamos la lengua azul en sólo unos días. Treinta años después, nuestros rebaños siguen libres de la epizootia.

Es oportuno recordarlo ahora y pensar qué ocurriría si volviera y nos comportásemos de la misma forma que con la Peste equina en Andalucía. Esta experiencia personal me permitió negar, en uno de mis artículos, la afirmación atribuida a Erasmus, asegurando que los culicoides avanzan sólo 80 kilómetros al mes y no pueden vivir al norte del paralelo cuarenta. Reitero que las dos afirmaciones son erróneas y no las creo pronunciadas por el compañero surafricano. Posiblemente, se limitó a repetir lo que escuchó aquí: además, en otro continente 8.000 kilómetros al norte de Pretoria, la vida del insecto y la evolución de los vientos pueden ser distintos.

Aquí vuelan en corto para mantenerse en el aire y avanzan pequeñas distancias por sus propios medios, pero las nubes de mosquitos son transportadas por el viento y su velocidad está condicionada a la del propio viento. Los 80 kilómetros al mes pueden recorrerlo en sólo unas horas.

Asegurar que el culicoides únicamente vive al sur del paralelo 40 es otro error. El verano pasado, en la ribera del Manzanares de Madrid, emprendió el Ayuntamiento una campaña antimosquitos, y el año 87 la peste equina apareció en Madrid, Toledo y Avila, muy al norte de Aranjuez, por donde pasa dicho paralelo.

Pero volvamos a 1966. Ante los primeros casos denunciados, la Dirección General de Ganadería desplazó a sus mejores técnicos coordinados sobre el terreno por el Inspector General D. Pablo Paños, los cuales confirmaron el diagnóstico previo realizado por nosotros en Los Barrios.

Comunicado a la O.I.E., se inició la vacunación masiva sin perder un solo día. En poco más de dos semanas, se aplicó a todos los équidos de la provincia de Cádiz y de la zona limítrofe de Málaga. Aproximadamente en el plazo de un mes se solucionó el problema.

Simultáneamente, actuaron unos 100 veterinarios titulares, conocedores del terreno, reforzados por doce o catorce equipos motorizados de dos veterinarios cada uno, procedentes de la lucha contra la peste porcina

africana, desplazados urgentemente a Cádiz. Cooperó con gran eficacia la Guardia Civil, los guardias rurales y la Guardia Municipal.

España fue felicitada por varios organismos internacionales: habíamos frenado en un tiempo récord la entrada en Europa de la P.E.A.. Las bajas entre los muertos y sacrificados no llegaron a trescientas. El silencio epizootico a partir de entonces ha durado veintiún años. Tan sólo relato hechos contrastados.

En julio de 1987 volvió inesperadamente y esta vez por tierra. En Aldea del Fresno(Madrid) murieron con un cuadro clínico desconocido, dos onagros y doce caballos, pocos días después de haber introducido en la Reserva de Animales Salvajes El Rincón seis cebras y los dos onagros muertos: procedían de Namibia. Ante un cuadro clínico desconocido para ellos, los veterinarios locales sospechan de intoxicaciones o clostridiosis. No imaginaron que fuese una enfermedad exótica.

El diagnóstico correcto lo estableció D. Manuel Rodríguez, Catedrático de la Facultad de Veterinaria de Madrid. Se extendió a otras fincas próximas y avanzó por los valles de los ríos Alberche y Perales, llegando a las provincias de Avila y Toledo. Vacunaron urgentemente en el foco inicial más una zona de protección formando un anillo inmunitario que resultó positivo. Como consecuencia, se inició un silencio epizootico en las tres provincias que todavía perdura; fue todo un éxito. Entre otras medidas complementarias, se ordenó la inmovilización del ganado; sin embargo, existe la sospecha, no probada, que en 1987 fue desobedecida.

Los socios de un club de excursionistas a caballo, frecuentado por turistas alemanes, organizó un tour hípico con algún caballo incorporado procedente de la zona infectada, el cual terminó en San Roque (Cádiz); enfermó y murió uno de ellos junto a Sotogrande y allí quedó mal enterado. Posiblemente, aquel rumor no era cierto, pero tenía su lógica; sin embargo, fue acallado. Explicaría el foco de Sotogrande, Las Lomas y Casares de 1988. La benignidad del clima pudo mantener vivos los mosquitos más tiempo del habitual y, por consiguiente, facilitar la creación de portadores que, en forma larvada, conservaran la actividad del virus hasta la gran explosión de aquel verano al proliferar los mosquitos que encontrarían una población equina virgen ante el virus.

La otra versión de caballos para el polo trasladados a Sotogrande procedentes de Marruecos, que también se apuntó, cae sola: no había peste en Marruecos. Estaban tan seguros que, al saber que la padecíamos en

España, propusieron al Comité Olímpico la celebración de las pruebas hípicas del 92 en Marrakesh o Casablanca, alegando que estaban libres de la P.E.A. hacía más de veinte años. Podían probar que, en este tiempo, no habían adquirido una sola dosis de vacuna.

Estas conjeturas son interesantes pero no conducen a nada práctico. La realidad es que, cualquiera que sea la causa, aparece en el verano del 88, pero no se toma en serio hasta los primeros días de octubre. En principio, la Consejería de Agricultura de la Junta de Andalucía aceptó, el diagnóstico de P.E.A. establecido por los veterinarios prácticos de la región. Todo se complica cuando los Servicios Centrales entran en conflicto con los regionales.

Especialistas del Ministerio de Agricultura desplazados a Cádiz, con casi dos meses de retraso, niegan la evidencia dictaminando que se trataba de enterotoxemia. Conociendo el problema, temíamos que la dilación provocada traería enormes perjuicios porque el éxito estriba en actuar con rapidez: nunca en silenciar un hecho tan patente.

Después, como pretexto, ante la comisión del Congreso de los Diputados aseguraron que habían demorado la comunicación oficial del diagnóstico porque existe otro proceso patológico de los équidos con igual cuadro clínico –la arteritis vírica– con la que podía confundirse.

La peste equina tiene síntomas muy distintos y una mortalidad próxima al 100 por 100. En cambio, la arteritis vírica sólo provoca abortos y alguna baja aislada en recién nacidos y débiles son inconfundibles.

Estas y otras declaraciones que inducían a confusión me impulsaron a salir de mi ostracismo profesional para dejar oír mi voz y mi pluma. Se dijo y se dice aún que no debió publicarse la noticia. Por el contrario, creo que la ocultación fue un gran error: equivalía a querer eclipsar la erupción de un volcán o el estallido de un terremoto. Ahora y ante la realidad de unos dos mil équidos muertos, estoy aún más seguro; sin embargo, todavía hay quien lo propone a la vista de cientos de cadáveres equinos (*ABC*, Sevilla, 21-9-90). Es imposible ocultar una hecatombe como la de Málaga el verano pasado, y también quiso silenciarse.

La censura, voluntaria o impuesta, es contraproducente: tendríamos como información sólo bulos –y el bulo es siempre peor que la verdad–.

Se ha venido comentando que las medidas complementarias –inmovilización, aislamiento y desinsectación– eran tan eficaces como la inmunización. Se lo escuché a una autoridad político-ganadera y me dejó per-

plejo: aquella información simplemente desinformaba sembrando confusión.

Durante los años 88 y 89, los medios de comunicación solicitaban opiniones, preferentemente, a las personas menos enteradas: políticos, jinetes, toreros, rejoneadores y tratantes. Sus opiniones me entristecieron y, a la vez, me estimularon a escribir y provocar entrevistas. Por el contrario, e confortó un artículo de Alvaro Domeq Díez, publicado en *Diario 16*, dando a entender que lo suyo era la equitación y el rejoneo, no la patología. Amaba a sus caballos sanos; si enfermaban, acudía al Veterinario. El resto de los entrevistados, en general, equivocaban.

Al principio, mis voces tan sólo lograban un gran silencio. Me sentía como si estuviese subido a una columna, alzada en mitad de un desierto, sin confines, donde se perdía mi voz y su eco. Cuando el Consejero Manaute y sus asesores se fueron convenciendo y ordenaron la vacunación obligatoria, respiré aliviado. Tímidamente y sin energía ni decisión, empezaron acudiendo sólo a los focos declarados; vacunaban, a veces, animales en período de incubación, en radios de sólo diez a quince kilómetros: sin duda, iban detrás de la enfermedad. Un año después, continuaba el problema y, viéndose agobiados, en septiembre del 89 acudieron a los veterinarios titulares que, gracias a su mejor conocimiento del campo en que actuaban y su relación con los ganaderos, constituyeron una gran ayuda.

Desde mi experiencia, comparé entonces la epizotia con una voraz incendio y reclamé urgencia de bombero: primero, apagar el fuego; es decir, inmunizar; después toda la burocracia del mundo.

En noviembre del 89, insistí con estas palabras: “Es ahora –dije- cuando las autoridades ganaderas pueden caer en el mismo error de los dos últimos años: bajar la guardia y olvidar el problema. Han quedado pequeños focos latentes –équidos sin vacunar- que, de ahora en adelante, irán enfermando y muriendo en goteo, sin causar alarma, en silencio, pero manteniendo activo el virus en espera del mosquito el próximo verano. Como la picadura en el único medio de contagio y el culicoide con el frío se aletarga y desaparece, puede, de nuevo y por tercer año seguido, dar la falsa impresión que se erradicó la epizootia.

Mis presagios se cumplieron: abandonaron otra vez la lucha; rebrotó por tercer año consecutivo; rebrotará el cuarto; se hará enzoótica y mi voz seguirá clamando en el desierto si, nuevamente, se limitan a realizar un

simulacro. Les ruego que perdonen mis citas propias, mi vehemencia y mi reiteración, pero quisiera grabar en sus mentes la razón de mi empeño.

En junio pasado, enviaron al paro, en plena campaña de vacunación, a más de cien veterinarios contratados, y dejaron sin vacunar centenares de équidos en la provincia de Málaga. Un mes antes que suspendieran la campaña de prevención en marcha, sugerí a las asociaciones hípcas y ganaderas españolas que imitaran a las portuguesas. Los lusitanos habían exigido al Presidente Cavaco Silva la vacunación masiva. También nuestros criadores de caballos podrían solicitar al Presidente González y a su Ministro Romero que atendieran el problema a escala nacional (ABC, Sevilla, 21-05-90). Nuestros vecinos actuaron rápidamente. Les auguro mejores resultados.. Dejar que cada autonomía oriente el problema a su manera, sin coordinación, me parece un desacierto: los culicoides ignoran los límites de nuestras diecisiete fronteras interiores.

Mi pesimismo se acrecienta cuando leo una frase atribuida a la Presidenta de la Asociación de Caballos de Raza Pura: "A estas alturas –comenta-, los ganaderos no queremos vacunas ni fronteras que suponen complicaciones añadidas, sino una alternativa de futuro"(ABC, Sevilla, 31-10-90)

Con esta frase, incomprensible para mí, da la impresión que prefiere ver los caballos muertos antes que vacunados. Me apena saber que cuatro años padeciendo la epizootia no son suficientes para comprender el problema. Rehusar la terapia preventiva me recuerda al testigo de Jehová que prefiere ver a su hijo muerto antes que curado si, para ello, ha de someterse a una transfusión sanguínea. El ejemplo es crudo pero gráfico.

Para la P.E.A., no existe tratamiento curativo: sólo disponemos del preventivo. Rechazarlo es un inmenso error. Esa voz, que debía estar muy interesada en salvar los caballos, sugiere el regreso al tercer mundo.

En Namibia, de donde la importamos, existe todavía enzooticamente por sus deficiencias estructurales y porque los onagros y las cebras son équidos salvajes de casi imposible control. Aquello no es Europa: España empieza a serlo.

Por cierto, el Comité Veterinario de la Comunidad Europea ha propuesto para la península una medida singular. Observando el mapa trazado por ellos, vemos una línea diagonal:Pontevedra-Valencia que, al llegar a la altura de Madrid, presenta una escotadura dejando libre, precisamen-

te, la zona donde hace cuatro veranos apareció el primer foco. En cambio, provincias donde jamás se dio un solo caso, como Albacete, Cuenca y Alicante, se consideran prohibidas o de vigilancia. Liberar Madrid, cuna de la peste equina en 1.987, puede ser acertado, teniendo en cuenta que aquella comunidad erradió la epizootia inmunizando en el acto, sin titubear y no se ha reproducido durante los tres últimos veranos.

Comento esta circunstancia porque invita a meditar sobre lo que ocurre cuando se hacen las cosas bien. En cambio, me es difícil comprender que toda Portugal sea declarada zona prohibida por haber vacunado.

No considero peligrosa la proximidad de animales inmunizados. Lo comprobé en Cádiz el año 66 y lo corroboré en Madrid y Cádiz los años 87 y 89. El Presidente de la Asociación Portuguesa de Criadores de Caballos de Pura Raza, Arsenio Cordeiro, ha considerado escandalosa la iniciativa. La estima únicamente como medida política relacionada con las pruebas hípcas de la Olimpiada del 92. Resumiendo: él está escandalizado y yo perpejo.

Las Lomas y Sotogrande, primer foco sur de 1988, también es motivo de reflexión. En dicho año, se inmunizó, y al año siguiente solo murieron unos pocos équidos no vacunados. Sirvieron de testigo cinco caballos importados de Uruguay, introducidos irresponsablemente sin vacunar en pleno foco cuando se suponía que aún podían quedar portadores.f

Entre los inmunizados prácticamente no hubo ninguna baja: sucumbieron los cinco involuntarios testigos. Era evidente el peligro debido a la relajación de las medidas. Se debió afrontar la lucha en firme y no se hizo. Teníamos la reciente experiencia de Madrid y la más lejana del 66 en Cádiz.

Sabíamos que la peste equina no tiene tratamiento curativo, pero afortunadamente se dan las condiciones que nos permiten luchar con éxito en cuanto a la terapia preventiva. Primero, conocemos la causa: un virus; segundo, sabemos cómo se contagia: por picadura del culicoide; y tercero, disponemos de medio preventivo ideal: la vacuna. Estando en posesión de las claves que nos permitían solucionar el problema, hemos dilapidado nuestras energías divagando: el resultado de la inacción fue la hecatombe de Huelva el 89. No se actuó eficazmente y murieron más de mil équidos extendiéndose la enfermedad a Badajoz y al Sur de Portugal.

Lo ocurrido en Málaga, al despedir a los veterinarios de campaña, parece increíble. Dejaron de vacunar centenares de équidos. Han muerto

doscientos sesenta y cinco, pero los servicios oficiales sólo contabilizan setenta a causa de la peste. Dicho así, es increíble. Parece que sólo han analizado vísceras setenta esos 70. Los no analizados son considerados muertos por causas naturales. Es casi imposible que diarreas, cólicos, atropellos, malos tratos, etc. Sean la verdadera causa de casi doscientas muertes dentro de un foco de peste equina en una zona tan limitada en el espacio y en el tiempo. Ha ocurrido en muy pocos días y en muy pocas hectáreas.

Deseo que mi voz tenga eco múltiple, que sea lo suficientemente persuasiva y contribuya a divulgar mi verdad objetiva. Con estas premisas, llego a la conclusión de que, para erradicar la enfermedad, el único sistema práctico consiste en la vacunación masiva. Es el huevo de Colón.

Así se eliminó la viruela, la peste porcina clásica, la rabia, la lengua azul, la glosopeda, la peste equina en Cádiz y Madrid etc.

La insistencia en inmovilizar, desinsectar, colocar mallas finas en puertas y ventanas, evitar que pasten después del anochecer, censar, marcar a fuego, extraer sangre, etc. es secundario.

Teniendo en cuenta la realidad del campo español, aseguro que, en este caso, es absolutamente imposible de cumplir al menos en un 30%. No piensen en la cuadra de un criador de ganado selecto, de un rejoneador o en Sementales de Jerez. Méntanse en los parajes donde no entran los vehículos todoterreno y verán otra realidad. El burro del pastor, la yegua jubilada que fue del encargado y ahora la tiene un carbonero, los mulos de un rancho que siembra en sitios inverosímiles: équidos que sólo se utilizan temporalmente y otros que esperan al tratante que los llevará al matadero y mil casos más de difícil control.

Llegar a los equipos de veterinarios contratados les cuesta mucho a todos: no conocen a las personas ni a los caminos y cuando van acoplándose los trasladan o los despiden para volverlos a contratar unos meses después. La coordinación de los equipos con los compañeros locales sería utilísima. Si anteponemos la burocracia al trabajo de campo, estamos perdidos: lo que empezó siendo epizootico, se tornaría enzoótico, como ocurre en África Negra.

Tengo casi la seguridad que el verano pasado y fuera del valle del Guadalhorce se dieron casos de peste equina aisadamente, de uno en uno, sin alarma, con sordina. Únicamente tuvo eco el caso de Puebla del Río, en donde murieron unos potros. Ello se publicó y, a continuación, fue cu-

bierto el caso con un manto de silencio. Si los síntomas descritos entonces respondían a la realidad –un cuadro pulmonar agudo, espumas por los ollares, edemas supraorbitales y muerte rápida de varios équidos a la vez– existe la posibilidad en un 90% que fue peste equina. Al parecer, ardió la mecha solamente y no explotó la goma porque estaba mojada: los équidos próximos habían sido vacunados casi al 100 por 100.

Los casos aislados que se han dado y pueden darse constituyen mi gran preocupación: una enfermedad exótica que pudimos eliminar rápidamente se quedaría entre nosotros para muchos años.

Como ven, el tema es reiterativo. Una especie de bolero de Ravel, que repite una y otra vez el mismo motivo musical. En mi mente, el motivo que se repite es socio-político con el telón de fondo de la patología equina. Sociológico, porque atañe a un grupo humano para quienes equivale a una catástrofe más o menos importante. Algunos reaccionan egoístamente y actúan, a veces, con torpeza. Pueden caer en la picaresca. Escuchan explicaciones que no saben interpretar acertadamente. En consecuencia, optan por determinaciones maliciosas que, casi siempre, como un boum-rang, se vuelven contra sus propios intereses. Ocultan sus équidos o los trasladan clandestinamente.

Los caballos procedentes de los primeros focos de Cádiz, que pasearon por la feria de Sevilla y el Rocío, sembraron el virus no sólo en Huelva y Sevilla sino también en Badajoz y Portugal. La picaresca ha podido tener parte de culpa pero no toda.

El político es aún más responsable. Tiene la obligación de elegir buenos colaboradores. Sus decisiones son trascendentales y mal orientadas, pudiendo causar un enorme daño o, por el contrario, un mayor beneficio al país. El hecho, tantas veces citado, de nombrar colaboradores fieles y mediocres puede ser su mayor error.

El radical socialista y Ministro de Agricultura de la Segunda República Española, Félix Gordón Ordax, había desempeñado antes la Dirección General de Ganadería. Cuando organizó el Patronato de Biología Animal, mandó realizar una pequeña encuesta y anotó los nombres de los mejores profesionales de cada especialidad veterinaria. Después fue llamando a su despacho a los mejores, preferentemente si tenían ideas políticas contrarias a las suyas, para animarlos y con el fin de que solicitaran las plazas a cubrir. Decía que los técnicos o profesionales de cualquier actividad oficial constituían el sostén y el motor del Estado; y que jamás, un buen

gobernante debía mirar su color político, puesto que si ama a la propia nación sólo buscará eficacia.

Lo supe en el año 1942 por uno de los llamados, Isidoro García Rodríguez, quien fue nombrado Jefe de Sección del Patronato. Se lo recordé en México al propio Gordón treinta y cinco años después, confirmándomelo. Esta anécdota, vivida por mí mismo, debería ser aleccionadora para nuestros políticos, sea cual sea su tendencia.

Desde que la peste llegó a Andalucía, existía la tentación de ignorarla, pero la evidencia demostró que retardar su declaración fue un error que aún estamos pagando.

Frente a un caso arrollador como el que tratamos, lo inteligente es adoptar una postura realista y decidida: movilizar los recursos disponibles, decretar una especie de alerta roja que anuncie lo inevitable y simultáneamente poner en marcha el dispositivo de lucha utilizando, en este caso, los eficaces recursos en nuestro poder.

Lo primordial es acercarse al cien por cien de animales inmunizados. Que las pequeñas bolsas que puedan escapar a la vacunación sean las mínimas para evitar el rebrote de nuevos focos y si apareciera alguno, actuar con energía en el acto.

Es tan simple lo dicho, que abrigo el temor de haber motivado cierto cansancio pero no podía tratar el tema de otro modo. Si en lugar de una reiteración "a lo Ravel" hubiera intentado elevar el tono de mi intervención, es posible que todos hubiéramos sacado menos provecho.

Muchas gracias.

